

Encuentro de la fraternidad



1. COMPARTIMOS

- ❖ Del texto propuesto sobre el Proyecto de Vida, ¿en qué te sientes *más afectado o confrontado*? ¿Por qué?

- ❖ “Las fraternidades quieren ser *referencia de comunidad marista adulta* para los jóvenes”. ¿Qué significado y repercusiones tiene esa expresión para la vida de su fraternidad?

- ❖ Profundizar el alcance y contenido de esta afirmación del texto del Proyecto: “Con nuestro testimonio, *promovemos el rostro mariano de la Iglesia*”, que forma parte de nuestra identidad marista.

2. NOS ENRIQUECEMOS

A. ANUNCIAR EL EVANGELIO

*Exhortación apostólica **Christifideles laici** de su santidad Juan Pablo II
sobre Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo*

Anunciar el Evangelio

33. Los fieles laicos, precisamente por ser miembros de la Iglesia, tienen la vocación y misión de ser anunciadores del Evangelio: son habilitados y comprometidos en esta tarea por los sacramentos de la iniciación cristiana y por los dones del Espíritu Santo.

Leemos en un texto límpido y denso de significado del Concilio Vaticano II: «Como partícipes del oficio de Cristo sacerdote, profeta y rey, los laicos tienen su parte activa en la vida y en la acción de la Iglesia (...). Alimentados por la activa participación en la vida litúrgica de la propia comunidad, participan con diligencia en las obras apostólicas de la misma; conducen a la Iglesia a los hombres que quizás viven alejados de Ella; cooperan con empeño en comunicar la palabra de Dios, especialmente mediante la enseñanza del catecismo; poniendo a disposición su competencia, hacen más eficaz la cura de almas y también la administración de los bienes de la Iglesia».(122)

Es en la *evangelización* donde se concentra y se despliega la entera misión de la Iglesia, cuyo caminar en la historia avanza movido por la gracia y el mandato de Jesucristo: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16, 15); «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). «Evangelizar —ha escrito Pablo VI— es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda».(123)

Por la evangelización la Iglesia es construida y plasmada como *comunidad de fe*; más precisamente, como comunidad de una fe *confesada* en la adhesión a la Palabra de Dios, *celebrada* en los sacramentos, *vivida* en la caridad como alma de la existencia moral cristiana. En efecto, la «buena nueva» tiende a suscitar en el corazón y en la vida del hombre la conversión y la adhesión personal a Jesucristo Salvador y Señor; dispone al Bautismo y a la Eucaristía y se consolida en el propósito y en la realización de la nueva vida según el Espíritu.



En verdad, el imperativo de Jesús: «Id y predicad el Evangelio» mantiene siempre vivo su valor, y está cargado de una urgencia que no puede decaer. Sin embargo, *la actual situación*, no sólo del mundo, sino también de tantas partes de la Iglesia, *exige absolutamente que la palabra de Cristo reciba una obediencia más rápida y generosa*. Cada discípulo es llamado en primera persona; ningún discípulo puede escamotear su propia respuesta: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9, 16).

Ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización

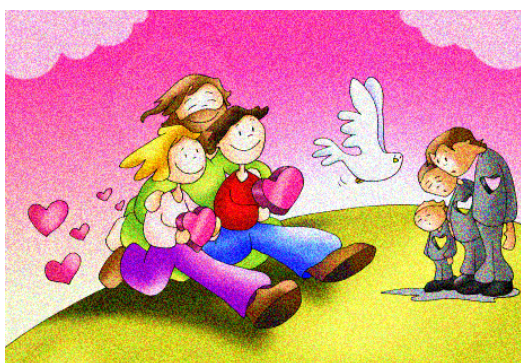
34. Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado Primer Mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo —si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria— inspiran y sostienen una existencia vivida «como si no hubiera Dios». Ahora bien, el indiferentismo religioso y la total

irrelevancia práctica de Dios para resolver los problemas, incluso graves, de la vida, no son menos preocupantes y desoladores que el ateísmo declarado. Y también la fe cristiana —aunque sobrevive en algunas manifestaciones tradicionales y ceremoniales— tiende a ser arrancada de cuajo de los momentos más significativos de la existencia humana, como son los momentos del nacer, del sufrir y del morir. De ahí proviene el afianzarse de interrogantes y de grandes enigmas, que, al quedar sin respuesta, exponen al hombre contemporáneo a inconsolables decepciones, o a la tentación de suprimir la misma vida humana que plantea esos problemas.

En cambio, en otras regiones o naciones todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana; pero este patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la secularización y la difusión de las sectas. Sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad.

Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es *que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales* que viven en estos países o naciones.

Los fieles laicos —debido a su participación en el oficio profético de Cristo— están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia. En concreto, les corresponde testificar cómo la fe cristiana —más o menos conscientemente percibida e invocada por todos— constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad. Esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud.



Repito, una vez más, a todos los hombres contemporáneos el grito apasionado con el que inicié mi servicio pastoral: “¡No tengáis miedo! ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo!” Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas tanto económicos como políticos, los dilatados campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Solo Él lo sabe! Tantas veces hoy el hombre no sabe qué lleva dentro, en lo profundo de su alma, de su corazón.

Tan a menudo se muestra incierto ante el sentido de su vida sobre esta tierra. Está invadido por la duda que se convierte en desesperación. Permitid, por tanto —os ruego, os imploro con humildad y con confianza— permitid a Cristo que hable al hombre. Solo Él tiene palabras de vida, ¡sí! de vida eterna».(124)

Abrir de par en par las puertas a Cristo, acogerlo en el ámbito de la propia humanidad no es en absoluto una amenaza para el hombre, sino que es, más bien, el único camino a recorrer si se quiere reconocer al hombre en su entera verdad y exaltarlo en sus valores.

La síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo, sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca, y para que se configuren nuevos modos de vida más conformes a la dignidad humana.

¡El hombre es amado por Dios! Este es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respecto del hombre. La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti; para ti Cristo es «el Camino, la Verdad, y la Vida!» (Jn 14, 6).

Esta nueva evangelización —dirigida no sólo a cada una de las personas, sino también a enteros grupos de poblaciones en sus más variadas situaciones, ambientes y culturas— está destinada a la *formación de comunidades eclesiales maduras*, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con Él, de existencia vivida en la caridad y en el servicio.

Los fieles laicos tienen su parte que cumplir en la formación de tales comunidades eclesiales, no sólo con una participación activa y responsable en la vida comunitaria y, por tanto, con su insustituible testimonio, sino también con el empuje y la acción misionera entre quienes todavía no creen o ya no viven la fe recibida con el Bautismo.

En relación con las nuevas generaciones, los fieles laicos deben ofrecer una preciosa contribución, más necesaria que nunca, con una *sistemática labor de catequesis*. Los Padres sinodales han acogido con gratitud el trabajo de los catequistas, reconociendo que éstos «tienen una tarea de gran peso en la animación de las comunidades eclesiales».(125) Los padres cristianos son, desde luego, los primeros e insustituibles catequistas de sus hijos, habilitados para ello por el sacramento del Matrimonio; pero, al mismo tiempo, todos debemos ser conscientes del «derecho» que todo bautizado tiene de ser instruido, educado, acompañado en la fe y en la vida cristiana.

B. MARISTAS EN SALIDA

h. Emili Turú

Partiendo de la imagen de Dios trinidad, que busca hacer entrar en su dinámica de amor a toda la creación, es fácil entender lo que tanto repite el Papa Francisco: que la Iglesia no tiene el centro en sí misma, sino en el Dios Amor que se vierte continuamente fuera de sí. En sus palabras a los Cardenales antes del Conclave, usó una imagen muy querida por los Padres de la Iglesia; se refirió a la comunidad eclesial comparándola con la luna, que no tiene luz propia, sino que refleja la luz del sol: La Iglesia, cuando es autorreferencial, sin darse cuenta, cree que tiene luz propia; deja de ser el “mysterium lunae” y da lugar a ese mal tan grave que es la mundanidad espiritual.

Así pues, según el Papa Francisco, la renovación de la Iglesia no se llevará a cabo levantando muros para protegerse de las amenazas exteriores, lo que sería una especie de introversión eclesial que busca ante todo la auto-preservación (EG 27), sino más bien poniendo a la Iglesia entera en estado permanente de misión (EG 25).



Como miembros que somos de la Iglesia, también nosotros, maristas, existimos única y exclusivamente

para participar de la misión de Dios y no para buscar nuestra supervivencia. Por eso estamos llamados a participar de ese dinamismo misionero que nos pone en salida. En este sentido, me parece antológico el número 49 de la *Evangelii Gaudium*:

Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37)

Marcelino Champagnat, escuchando a su corazón compasivo, supo arriesgarse y abandonar la comodidad de sus seguridades. Así fue toda su vida. Así ha intentado ser el Instituto marista a lo largo de estos casi 200 años de existencia, aunque a veces no hemos sido capaces de dejarnos interpelar por la realidad de los nuevos Montagne y entonces nos hemos encerrado en nosotros mismos y nos hemos acomodado.

Hace unos años, los hermanos de la entonces provincia marista de Sydney (Australia), pidieron al Sr. Paul Newton, antiguo alumno del colegio marista de Eastwood, que pintara un cuadro sobre el acontecimiento Montagne. Como era un cuadro hecho por encargo, tuvo que seguir las indicaciones que le dieron: entre otras, la de incluir varios personajes y símbolos alrededor de la escena. Ese cuadro, de muchos conocido, está hoy en la casa provincial de Australia.

De todas maneras, el autor no quedó muy satisfecho del resultado, y quiso hacer su propia interpretación de la escena. Así que pintó un segundo cuadro, que reproducimos aquí, mucho más simple, y centrándose únicamente en el acontecimiento en sí. Nos muestra a Marcelino, como imagen viviente de María, tal como nos la presenta Michelangelo en su famosa *Pietà*, en una actitud de sufrimiento sereno y de profunda meditación. Como dice el Papa: El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno (EG 193).



La luz que viene de lo alto expresa la inspiración del Señor para poner en marcha el proyecto que Marcelino ya acariciaba en su corazón: los hermanitos de María.

Hoy, cuando todavía existen tantos jóvenes que viven sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida, no podemos quedarnos indiferentes. Son los nuevos Montagne de hoy, cuya realidad nos provoca y nos invita a ser generosos.

Montagne tiene hoy miles de rostros diferentes, y vive en realidades frecuentemente muy distintas. Me parece muy significativo que en la vida del P. Champagnat escrita por el H. Juan Bautista Furet no se habla nunca de Montagne, sino tan sólo de un joven moribundo. De hecho, no sabemos si el

joven del relato fue Montagne; incluso parece que hay motivos históricos para dudar de que lo fuera. Pero no importa, porque se trata del símbolo –sin rostro ni nombre– de tantos otros jóvenes que están muriendo o no están viviendo su vida en plenitud.

Si estás leyendo esta carta, seguramente es porque tienes un compromiso marista de servicio a los niños y jóvenes, de cualquier tipo que sea. Vives el extraordinario privilegio de participar ya en la misión de Dios. ¿Qué significa, entonces, para cada uno de nosotros, hoy, ponerse en salida, como pide el Papa a la Iglesia universal? Si todos estamos llamados a una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están (EG 25), ¿a qué tipo de conversión me siento invitado?

El mismo Papa, en su exhortación apostólica, nos ofrece orientación y guía:

La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha. (EG 195).

3. NUESTRA ORACIÓN AL SEÑOR

❖ Testimonio del hno. Lorenzo

El Bessat*, pueblo grande situado a dos horas de La Valla y donde abunda la nieve durante el invierno, fue escenario del celo del Hermano Lorenzo. En esta época, la aldea, autodenominada parroquia, carecía de sacerdote y, en consecuencia, sus habitantes estaban sumidos en la mayor ignorancia religiosa. El Hermano Lorenzo solicitó el favor de ser enviado allí para dar la catequesis, favor que el Padre Champagnat le concedió como una recompensa. Subía todas las semanas desde La Valla, llevando un saco de provisiones para todo este tiempo: ordinariamente pan, patatas y queso. Se alojaba en una casa particular y él mismo se preparaba la comida, la habitual entre las gentes del campo y probablemente peor. He aquí lo que me contaba, cierto día, sobre el particular, con el rostro radiante de alegría. “Llegado a Bessat, me decía, recorría el pueblo mañana y tarde con una campanilla que tocaba para reunir a los niños a los que enseñaba las oraciones, el catecismo y a leer, pues no había escuela. El domingo se reunían todos los habitantes en la capilla; primero entonábamos un canto, luego rezábamos el rosario al que seguía la oración de la tarde; después les daba una catequesis lo mejor que podía. Y ¡qué gozo sentía yo entonces! Ni el cansancio, ni el mal tiempo – pues a veces había varios pies de nieve –, suponían nada para mí. Estos días, ¡ay!, demasiado cortos, han sido los más hermosos de mi vida”.



Este excelente Hermano era tan querido y respetado por los habitantes de la aldea, que jamás se encontraban el él sin saludarle. Es fácil comprender el bien que hizo en el Bessat y cuánto debía alegrarse el Padre Champagnat. He aquí una prueba.

Un día que el Padre Champagnat subía al Bessat con nuestro celoso catequista, le dijo que su labor allí debía de ser muy penosa. El Hermano Lorenzo le respondió que le era, por el contrario, muy agradable, y que no cambiaría su empleo por todos los bienes del mundo. El Padre Champagnat sensiblemente afectado por la virtud del discípulo, sintió por ello un

gozo tan profundo que los ojos se le llenaron de lágrimas.
(p. 32)

(Memorias,

* El **Bessat** : *Es un pueblo situado en una alta meseta de la cadena del Pilat, el pueblo a mayor altitud de todo el departamento del Loira, 1200 metros, cubierto de nieve buena parte del año. El P. Champagnat atendía a los feligreses de esta aldea de 71 hogares durante el período en que estuvo de vicario en La Valla. Aquí venía también el Hno, Lorenzo para enseñar el catecismo, llevando provisiones para toda la semana, subiendo la escarpada ladera de 8 km.*

❖ **Compartir:**

El “Montagne” que suelo encontrar en el barrio, en el trabajo, en mi familia, en la calle...

❖ **Oración a Marcelino Champagnat**

Marcelino,
que a lo largo de tu vida
fuiste un hombre fiel a tus raíces,
a tu tierra, a tu familia,
a la sociedad,
ayúdanos a convertirnos
en personas útiles
a nuestra tierra y a nuestra gente.

Ilumina con tu ejemplo
nuestra sensibilidad y respuesta.
que, como Tú,
descubramos lo que nuestros familiares,
los miembros de nuestra fraternidad,
nuestros vecinos y amigos,
desean y necesitan.

Ayúdanos a ser decididos,
generosos en la entrega,
y profundos en imaginación,
para bien de nuestro pueblo,
en fidelidad al Evangelio de Jesús.

Marcelino, que como tú,
sepamos ser universales en el afán
y concretos en el servicio.
Amén.

